

El cine de Chaplin

Luis Miguel Cuervo Ospina

Suelo pensar en el cine de Chaplin como experimentos sociales disfrazados de comedias físicas, visualmente grandiosas donde, más allá de hacer hincapié en las injusticias de clase, rescata siempre la bondad humana, la tragedia cotidiana y el amor. Detrás de cada caída, cada coreografía absurda, cada travesura del hombre del bigote, se esconde una profunda compasión por esos seres que marcan la diferencia en un mundo difícil de habitar.

Aunque su humor pueda parecer simple o incluso predecible, siempre lo utilizó como un aparato narrativo para construir tragedias tan grandes como los mismos remates de sus chistes. Así, logró ir más allá del mero entretenimiento para construir mensajes poderosos, a través del Vagabundo o Charlot, su alter ego en pantalla: un bufón ingenuo y enamorado que terminó siendo un símbolo de resistencia y esperanza en quien encapsuló ese humanismo en el que creía, enfrentándolo a los mundos miserables que construía con finales encantadores que apelaban a una sensación de absurdo profundamente real.

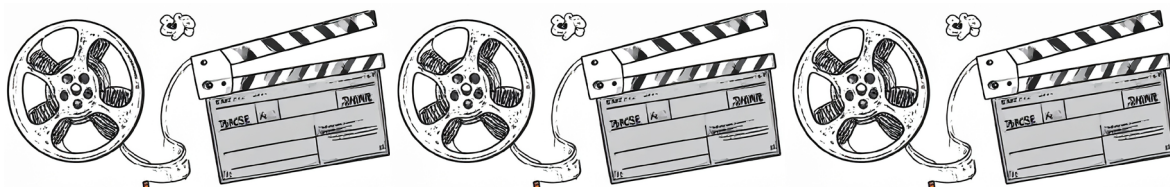
La quimera del oro es, para mí, la película más ingenua y tierna de Chaplin, al menos en cuanto a la construcción del Vagabundo y de la acción dramática que recae en la ligereza con la que aborda ciertos temas que aquí subyacen que más adelante profundizaría en *Tiempos modernos* o *Luces de la ciudad*.



Charlie Chaplin El Vagabundo debutó en 1914 - antes de 1928 El Vagabundo se estrenó el 11 de abril de 1915 a través de Essanay Studios.

Aun así, reconozco que *La quimera del oro* fue una base conceptual clave en la que Chaplin estableció todos los elementos que marcarían sus futuras obras: el personaje de Charlot, la trama romántica, la crítica al capitalismo y el uso de la comedia física que desafía las leyes de la realidad. Aunque ya había coqueteado con todos estos elementos antes, aquí logra cohesionarlos en una fórmula sólida y definitiva para lo que hoy conocemos como su obra.

La película cuenta la historia de un solitario vagabundo que viaja a Alaska durante la fiebre del oro en busca de un futuro mejor. Per-



dido entre la nieve y el hambre, sobrevive como puede en situaciones tan graciosas como trágicas. Al regresar de la montaña, se enamora perdidamente de Georgia, una mujer aparentemente inalcanzable. Su amor no correspondido se mezcla con malentendidos y conspiraciones que intentan separarlos.

Estrenada en 1925, en pleno auge de los “felices años 20” en un Estados Unidos que proyectaba una imagen de modernización y prosperidad impulsada por el consumo y el llamado sueño americano, muy distinto a lo que se vivía en Europa: crisis económicas y tensiones políticas tras la Primera Guerra Mundial, el contexto perfecto para que Sergei Eisenstein estrenara *El acorazado Potemkin* y *La huelga*, verdaderos manifiestos contra el sistema. Dos formas distintas de enfrentar la realidad desde la pantalla: una apelando a la emoción y a la humanidad; la otra, a la conciencia y a la revolución.

Aunque *La quimera del oro* no era una película militante ni radical ideológicamente, muestra el lado oscuro del capitalismo salvaje. Desde su estilo único, ofrece una crítica social más sutil pero igualmente contundente. Y es que Chaplin, más que una estrella del cine mudo, era un autor completo. A diferencia de otros comediantes de su época, llenó sus películas de alma y corazón.

Su forma de entender el cine como un arte total, donde lo físico, lo emocional y lo polí-

tico coexisten sin quebrarse, lo posiciona en una triada histórica del cine de los años 20. Junto al imperturbable Buster Keaton —quien destacaba por su maestría técnica y por ser un despiadado *stuntman* (doble de riesgo), capaz de imprimirle tanta acción y heroísmo a sus películas como Chaplin humor y compasión—, también estaba Harold Lloyd que, si bien no tuvo el impacto de Chaplin o Keaton, en su tiempo fue el de las comedias frescas y originales, representando al ciudadano americano promedio con éxitos en taquilla estreno tras estreno.

Pero Chaplin siempre fue el del corazón. Más allá de su genio técnico, lo que siempre me ha atraído de él es su sentido crudo para encontrar el chiste en cada situación; su capacidad para hablar de la miseria, la injusticia y la ternura sin caer en el panfleto ni en la manipulación emocional. En sus películas, nada se dice “porque sí”. La comedia y el drama no se oponen: son dos caras de la misma moneda. Genera una estructura semántica tan reconocible en todo lo que hace, que no necesita del cinismo para ser subversivo ni del explicacionismo para ser conciso en sus mensajes.

Luis Miguel Cuervo Ospina es estudiante de sexto semestre de Comunicación Audiovisual y Multimedial de la Facultad de Comunicaciones y Filología de la Universidad de Antioquia.